

retire en hâte chez soi pour aller manger la soupe» (1).

Hay que convenir en que aun un «grand déjeuner» en el hotel de Cambaceres ó de Barras difícilmente hubiera podido prolongarse más tiempo que un almuerzo en Holly Lodge; pero los comensales de Macaulay se detenían en la mesa por atractivos menos materiales que los que ofrecían los anfitriones del Directorio y del Consulado. Mucho tiempo después de olvidada la comida, el círculo seguía pendiente de los labios de Macaulay, mientras él recorría asunto tras asunto y sacaba de los estantes libro tras libro, hasta que el sol del medio día invitaba á todos á dar una vuelta por el jardín, tan alegre con su atavío de invierno que parecía «muy digno de gozarse» aun al señor de Castle Howard. Lord Carlisle dice en su Diario el 19 de Setiembre de 1856: «Me dirigí á Campden Hill con una hermosa mañana. Me había convidado á almorzar allí David Dundas. Fui recibido con sorpresa, pero con gran cordialidad, por Macaulay. A una mención casual del león del escudo de Howard, sacó un volumen de Skelton con el dedo puesto en el pasaje. Luego vino una larga charada sobre Polifemo, que había leído en un periódico de 1825. Me pareció haber ganado en salud con su traslación á su agradable villa.»

Tan agradable era que su dueño no pensaba en

(1) Para Macaulay el pasaje favorito del *Almanach des Gourmands*, era el que prescribe el período (de una semana á seis meses, según la bondad de la comida), durante el cual los convidados no pueden hablar mal de sus huéspedes, el cual tiene, además, el privilegio de volver á atar sus lenguas, dirigiéndoles nuevas invitaciones antes de la expiración del plazo. «On conviendra que, de toutes les manières d' empêcher de mal parler de soi, celle-ci n'est pas la moins aimable.»

buscar recreo en ninguna otra parte. Meses pasaron sin que Macaulay apareciese en los círculos de Londres, y años transcurrieron sin que aceptase ninguna invitación á pasar temporadas en el campo con amigos ó conocidos. Una ó dos noches que estuvo en el castillo de Windsor y una ó dos visitas á lord Stanhope en su casa de Kent fueron casi las únicas excepciones de aquella regla, que le prescribía imperiosamente el estado de su salud y contra la cual no pensaban en rebelarse sus inclinaciones.

Chevening 16 de Julio de 1856.—Después del almuerzo, lord Stanhope, con mucha bondad y discreción, me dejó revolver su biblioteca. Hermosa biblioteca antigua, de quince mil volúmenes, según colijo: muy parecida, por su aspecto y por el carácter de sus obras, á una biblioteca de colegio. Estuve entretenido muy agradablemente hasta las dos de la tarde. Luego fuimos á visitar á Mountstuart Elphinstone, á seis millas de distancia. Le ví probablemente por última vez. Sigue siendo el mismo, aunque muy viejo y achacoso. Un gran hombre y de lo más cabal que he conocido. Por la noche vino á comer Darwin, geólogo y viajero.

17 de Julio.—Por la mañana, otra vez á la biblioteca. Por la tarde á un lindo trozo de terreno comunal que ha correspondido á lord Stanhope, según ley reciente: hermoso bosque y hermoso panorama. Mi Valentina estaba con nosotros, bailando entre las flores, cogiendo dedaleras y arándanos, y muy alegre y animada. Me gustan todas las niñas de esa edad por causa de mis sobrinas; y lady María es una criatura muy amable. Por la noche lord Stanhope me presentó una tragedia escrita por Pitt y su hermano lord Chatham en 1772: detestable, naturalmente; pero bas-

tante buena para un muchacho de trece años. Es raro que no haya nada de amor en la trama: una disputa sobre una regencia durante la ausencia del rey y la minoría de su hijo el príncipe Floro. Había varios pasajes que me hicieron acordar de 1789.

En el Diario de Macaulay hay una noticia característica de una visita de invierno á Bowood.

31 de Enero.—Un día de helada, despejado. Lord Lansdowne propuso un paseo, y subimos al cerro donde están la antigua mota y el tejo. El camino atraviesa un perfecto pantano de desesperación (1). Yo, como Pliable, me hubiese vuelto; pero el valor de lady Mahon me avergonzó. Después del *lunch* me fui á pasear solo por los jardines; pero me importunaba un maldito perro muy sociable, del que no lograba verme libre. Me dirigí á un plantío cercado, con puertas á uno y otro extremo, y dejé fuera al animal; pero él comprendió perfectamente mi táctica—¡malhaya su inteligencia!—y me esperó por la otra puerta. Después de pugnar en vano por quitármele de encima de ese modo, le dejé á él dentro y me quedé yo fuera. Cuando salí, vió que había sido vencido por la razón humana, y aulló de la manera más cómica que he oído en mi vida.

Habrá que creer, en obsequio de Macaulay, que los biógrafos de grandes hombres amantes de la compañía de los animales exageran las cosas cuando afirman que el cariño á los perros es la prueba más segura de un buen corazón. En 1850, hallándose en el campo con algunos amigos, escribe: «Después de almorzar salí á paseo con las jóvenes—muchachas delicadas é inteligentes.—Venía con nosotros un par de

(1) Alude al de la *Marcha de los Peregrinos*, de Buyan.—(N. DEL T.)

perros de malos humos, que ellas tenían el mal gusto de mimar como favoritos; por manera que disfrutamos de una riña de perros, y nos faltó poco para presenciar otras dos ó tres agarradas sobre nuestras propias manos. ¡Cosa singular que personas juiciosas hallen placer en ir acompañadas por un animal que á cada paso echa á perder la conversación» (1). Bueno es decir que mi tío era muy cariñoso con el único perro que pudo necesitar de su bondad, un lindo *spaniel* mejicano, muy chiquito, que pertenecía á una de sus sobrinas. Agasajaba al animalejo exactamente lo

(1) En Julio de 1856 escribe Macaulay: «Fuí á Oatlands y me dirigí con Margarita y Alicia á un singularísimo monumento de la mentecatez humana. La duquesa de York había hecho un cementerio para sus perros. Se ve allí un arco de entrada como el de los cementerios de esa parte del país, una especie de capilla y sesenta y cuatro sepulturas de otros tantos perros de su alteza real. En algunos de esos mausoleos hay inscripciones en verso. Me sublevaba aquella extravagancia superlativa. Humanidad para con los animales inferiores la tengo, y practico yo en tan alto grado como cualquiera; pero no entra en mis aficiones hacer amigos entre los perros. Puedo comprender, no obstante, que aún un hombre sensato tenga pasión por un perro. ¡Pero sesenta y cuatro perros! Porque es difícil concebir que un corazón encierre afecto caluroso para sesenta y cuatro seres humanos. Yo había formado mejor opinión de la duquesa.» No es fácil decir si ganaría ó perdería esa opinión con algunas noticias que llegaron á él pocos días más adelante, estando comiendo con lord Lyveden, «muy agradablemente sentado entre dos excelentes mujeres: lady Morley y lady Dufferin». La última le dijo que ella y Mrs. Norton habían estado mucho en Oatlands cuando eran niñas de doce ó trece años; que los epitafios no eran, como Macaulay había supuesto, obra madura del genio de Lewis, sino producciones infantiles de ella y de su hermana; y que la multitud de sepulturas podía explicarse teniendo presente que llovían sobre la duquesa presentes de perros, que no quería rehusar, y que hubiesen convertido su casa en una perretera, si no los hubiese mandado al cementerio, dándoles una dosis de opio.

mismo que á los niños, llevándole golosinas y com-
poniéndole versos durante un cuarto de hora seguido.

A pesar de lo poco que gustaba á Macaulay pesar el tiempo bajo el techo de otras personas, no ponía ningún reparo á los hoteles, y menos á los hoteles extranjeros. Sólo una guerra continental ó la imposibilidad de disfrutar de la compañía de Mr. Ellis hubieran podido hacerle desistir de su excursión de otoño. En 1856 volvió á atravesar los Alpes, y fué á Milán á fines de Agosto. «Divisamos la catedral, y sentimos impaciencia de verla. Fuimos. Nunca me embelesó y asombró tanto ningún edificio, excepto San Pedro. La fachada principal es indudablemente un desatino; pero un desatino muy espléndido é imponente. ¡Pluguiera á los cielos que nuestros Soanes y Nashes y Wilkineses hubiesen desatinado así!» Venecia, que desde la infancia había sido para él tan familiar como puede serlo una cosa por libros y pinturas, cuando al fin llegó á contemplarla en su triste grandeza, le pareció «extraña sobre toda ponderación». No dejó de admirar «la serie de palacios que surgen de las verdosas aguas, ahora decaídos, pero conservando aún muchos vestigios de su antigua magnificencia—ricas esculturas, incrustaciones de raros mármoles, reliquias de dorados y frescos.—De esas grandes mansiones apenas hay una tan moderna como la casa más antigua de St. James's Square. Muchas fueron edificadas, y animadas por brillante concurrencia, en los días de Enrique VIII y de Isabel; algunas en los días de Ricardo II y de Enrique IV. Porque Venecia era entonces, con respecto á Londres, lo que Londres es ahora con respecto á Sydney ó Toronto.»

La iglesia de San Marcos, sin dañar á su admiración por la gran basilica romana, le impresionó de un

modo que superaba á todas sus esperanzas. «No la juzgo, ni nadie puede juzgarla bella, y, sin embargo, jamás me cautivó tanto ningún edificio. Nunca vi un edificio, excepto San Pedro, donde me complaciese en pasar tantas horas. Hay algo que me atrae en los desdichados exámetros monásticos y en el raro y falso dibujo de las pinturas. Todo transporta el pensamiento á una remota edad, á un tiempo en que apenas eran conocidos en Italia Cicerón y Virgilio, á un tiempo, en comparación con el cual es moderno el de Policiano y aun el de Petrarca. Volví en el curso del día, y pasé una hora descifrando las historias de Moisés y José, y los lemas. Me entretuvieron tanto como solían entretenerme, cuando niño, las estampas de Biblias viejas.»

Después de su primera visita á la Academia, Macaulay hace algunas observaciones que casi tiemblo en transcribir, pensando en Mr. Ruskin. «La viveza del caliente colorido veneciano produce un efecto maravilloso. Pero hay pocas pinturas que, consideradas aisladamente como obras de arte, me proporcionen gran placer. Hay una eterna repetición de los mismos asuntos: nueve Sacras Familias, por ejemplo, en una estancia reducida. Además me choca y disgusta el absurdo monstruoso de juntar en una composición *Duces*, arcángeles, cardenales, apóstoles, personas de la Trinidad y miembros de un concilio. Un espectador que pueda olvidar tales faltas en obsequio á la hábil distribución de tintas rojas y verdes, debe, á mi juicio, haber educado sus ojos á expensas de su inteligencia.» Macaulay dedicó al Palacio ducal el último día que pasó en Venecia. «Me indigné—escribe—más de lo que acierto á decir, al ver, no sólo que se había dejado perecer el legado de libros de Petrarca, sino que la

biblioteca pública de Venecia no contenía un ejemplar de las grandes ediciones Aldus de los clásicos griegos. Siento dejar, supongo que por siempre, esta ciudad fascinadora. Ahora puedo usar á menudo las palabras «por siempre», cuando me separo de algo.»

Sus sobrinas le habían recomendado que recogiese pormenores sobre la tumba de Julieta; y, en su consecuencia, las escribe desde Verona manifestándolas su placer de verse en una ciudad de tan incomparable riqueza de bellezas y recuerdos. «Hay un anfiteatro, que quizá frecuentó Plinio; grandes y antiguos palacios y torres, obra de príncipes contemporáneos de nuestro Eduardo I, y muy encantadora y airosa arquitectura del tiempo de Miguel Angel y Rafael; y todo esto en un espacio no mayor que Belgrave Square.»

Durante sus viajes por el continente Macaulay siempre se imponía la tarea de leer la literatura del país. Empezó su excursión italiana con las Cartas de Cicerón (1), y la terminó con *I Promessi Sposi*. Acabé la novela de Manzoni, no sin derramar muchas lágrimas. La escena entre el arzobispo y D. Abbondio es de lo más elevado que conozco. La escena de despedida entre los novios y el Padre Cristóforo es muy conmovedora. Si la Iglesia de Roma fuese realmente como Manzoni la pinta, me darían tentaciones de seguir el ejemplo de Newman.

Al año siguiente, atravesando Francia con dirección á las ciudades del Rhin y del Mosela, compró en

(1) He estado leyendo—dice—esas cartas de Cicerón que fueron escritas después de haber tomado César las armas. ¡Qué materiales para la historia! ¡Qué pintura de un espíritu que bien merece ser estudiado! Nunca me interesó más ninguna novela. A pesar de lo mucho que las he leído, parece nueva cada frase.

el camino el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Me asombré—dice—de lo poquísimo que el libro vale, en fondo y forma. Puede que el lenguaje sea bello en lo que toca á la simple elección y ordenación de las palabras. Pero en los atractivos superiores del estilo, en los que afectan á extranjeros lo mismo que á nacionales—esos atractivos que nos deleitan en Platón, en Demóstenes y en Pascal—se nota una deficiencia deplorable. En cuando al fondo, está por bajo de toda crítica. Sin embargo, he oído á hombres, que valen diez veces más que Chateaubriand, hablar de él como del primero de los escritores franceses. Era simplemente un gran embaucador (*humbug*).

El último de Febrero de 1856 escribe Macaulay en su Diario: Vino Logman. Hay que reimprimir. Es portentoso. ¡Veintiséis mil quinientos ejemplares vendidos en diez semanas! No me asombraría de ganar este año con la literatura veinte mil libras. Ya es algo, si se considera que hace veinte años no tenía absolutamente nada después de pagar mis deudas, y que todo lo que poseo, con excepción de una pequeña parte legada por mi tío el general, me lo he ganado yo, y ganado fácil y honradamente, mediante trabajos que eran un placer para mí, y sin que nadie haya podido decir que yo no era desprendido en cuestiones pecuniarias.

7 de Marzo.—Longman trajo una noticia muy agradable. El y sus socios juzgan que están sobrados de dinero, y creen que no pueden invertirle mejor que anticipándome parte de lo que me deberán en Diciembre. Convinimos en que la semana que viene pagarían veinte mil libras en la casa William. ¡Qué suma para ganada con una edición de un libro! Puedo decir ganada en un día! Pero ese fué el día de la cosecha.